

Nacionalismo a modo e identidades diluidas. La controversia nacionalista de 1932 en México

Nationalism as Diluted Identities. 1932 Mexican Nationalist Controversy

Israel León O'Farrill

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

leonofis@yahoo.com.mx

RESUMEN

Como producto de la Revolución Mexicana, el nacionalismo de Estado resultó ser el pilar del aparato ideológico del grupo en el poder. Desde Vasconcelos hasta finales de la década de los ochenta en que cae el régimen priísta, el llamado nacionalismo revolucionario fue la pauta a seguir en creación, expresión y desarrollo intelectual en el país, lo mismo que de construcción identitaria. Es en este entorno que se suscita una controversia en periódicos y revistas en 1932 entre diversos intelectuales sobre el rumbo que debía de tomar la literatura nacional –cosmopolita (homosexual) o nacionalista (viril)-. Como resultado del debate de tintes nacionalistas, una parte de la literatura mexicana se volvió panfletaria y la otra, mucho más intimista. Mediante un análisis de algunos de los actores de la controversia –Abreu y Cuesta- y de los mensajes contenidos, se exponen el acontecimiento, su entorno y posibles consecuencias.

Palabras clave: Nacionalismo, identidad, literatura, cosmopolitismo, controversia 1932.

ABSTRACT

As a result of the Mexican Revolution, state nationalism proved to be the mainstay of the ideological apparatus of the group in power. From Vasconcelos until the late eighties in which the PRI regime falls, the so-called "revolutionary nationalism" was the guideline to creation, expression and intellectual development in the country, as well as identity construction. It is in this environment that a dispute in newspapers and magazines in 1932 between various intellectuals on the course national literature should go –cosmopolite (homosexual) or nationalist (virile)-. As a result of the nationalist debate, part of the mexican literature became pamphleteer and the other, much more intimate. By analyzing some of the actors in the dispute -Abreu and Cuesta- and the messages within their discourse, I expose the event, its environment and possible consequences.

Key words: Nationalism, identity, literature, cosmopolitism, 1932 controversy.

Introducción

La construcción de identidades en nuestro país, al menos de manera oficial, han estado totalmente vinculadas al sistema. Como consecuencia de ello, muchos grupos minoritarios han sido descalificados, o han sido utilizados para descalificar a otros. La homosexualidad – uno de esos grupos- ha sido ridiculizada hasta nuestras fechas de múltiples maneras, tanto en la vida privada como en la pública a través de los medios de comunicación. Básicamente, el sustento de semejantes ataques ha girado en torno al carácter no “biológico” de la relación homosexual, como a la “incapacidad” del hombre homosexual de ejercer su vida como cualquier otro hombre y de no tener siquiera la “calidad” moral como para pertenecer a la Nación. Tales aseveraciones tuvieron especial relevancia en una controversia suscitada entre diversos intelectuales a través de artículos y ensayos en periódicos capitalinos en 1932. En ella, se entreveraron homofobia, pugnas políticas y la inconsistencia en el discurso de nación que detentaba el Estado. Por supuesto, la intelectualidad que se encontraba al margen del sistema habría de ser el objeto de los ataques por parte de ciertos intelectuales que, sea por una convicción personal, o con intereses políticos decidieron desprestigiar a otros colegas de la pluma. Es pues relevante para comprender al nacionalismo mexicano construido por los gobiernos surgidos de la Revolución Mexicana, que nos adentremos en este tipo de controversias

que hacen evidente que el proyecto era de unos para ser aplicado a los más que poco sabían realmente de nacionalidades y de proyectos de nación; igualmente, tener un atisbo de la intolerancia no sólo del sistema, sino de los intelectuales a su servicio, cuestión que tiene eco hasta el día de hoy. Identidad y nacionalismo se ven enfrentados pues, en una suerte de lucha cuerpo a cuerpo.

Como dice Roger Bartra:

Una de las ideas más extendidas en las ciencias sociales es la que explica el nacionalismo como un instrumento para resolver los conflictos sociales y como un medio de dominación. El hecho evidente de que el nacionalismo, en incontables ocasiones, cumple una función legitimadora de los sistemas políticos modernos, le agrega un aura de certidumbre a esta idea (2003, p. 95).

La polémica

El centro de la polémica, como se adivina, es la concepción de nación construida a partir del triunfo de la familia revolucionaria y de su posterior representación en el corporativismo inaugurado con la creación del Partido Nacional Revolucionario en 1929 por el entonces hombre fuerte de la nación, Plutarco Elías Calles. En textos anteriores (León, 2009; 2010 a y b), he trabajado el tema del nacionalismo de Estado en México y sus implicaciones con el tema indigenista y la corriente

literaria que lleva el mismo nombre. En dichos textos –concretamente en 2010 b- hago un análisis pormenorizado de las dos teorías existentes para explicar el fenómeno del nacionalismo: la modernista, de la que Ernest Gellner (1983/1991) sería el principal exponente, y la histórico culturalista, de la que Anthony D. Smith sería el representante. El nacionalismo mexicano bien puede ser explicado a partir de la primera, que implica que el mismo es desarrollado por un Estado moderno, es decir, fundado bajo los preceptos liberales tanto de la Ilustración como del liberalismo decimonónico. Pese a los francos tintes sociales que adquirió el país concretamente en la elaboración de la Carta Magna de 1917, el liberalismo político sería la pauta tanto en lo político, como en lo económico y las políticas públicas -como la educativa-. No obstante, a partir de la obra vasconcelista, la educación habría de tomar tintes de misión cultural, más cercano al sentido de los frailes que a las misiones culturales soviéticas. Por supuesto, dicha misión incluía a las artes como un auténtico ariete de fuerza nacionalista fundada en dos preceptos interesantes: el mestizaje, como una política de estado (ver Vizcaíno, 2004; Gutiérrez, 2001; Florescano, 2005; Brading, 2004), y el aprovechamiento de un discurso indigenista que, en realidad, poco o nada habría de beneficiar a las comunidades indígenas. Alfredo López Austin (2011) ve en Diego Rivera a uno de los artífices de la construcción de la idea hoy largamente difundida sobre la muerte en nuestro país, esa

idea de burla y fiesta, cuando las cosas en realidad son más complejas. Es, por tanto, importante discutir cómo es que se construyó nuestra idea de lo nacional y que en la controversia, motivo de este ensayo, habrían de manifestarse muchas de estas ideas, básicamente vinculadas al folclore.

Mónica Mansour (1999) explica las identidades nacional y regional en la literatura mexicana y determina que “la identidad nacional implica creencias –sobre todo en un pasado compartido con sus triunfos y sufrimientos-, ritos, símbolos y un modo de vida –que tal vez podríamos llamar cosmovisión- comunes a todos los habitantes de un territorio, delimitado por fronteras determinadas” (p. 33). En efecto, dicha cosmovisión es construida básicamente a través del arte –específicamente del muralismo con la Escuela Mexicana de Pintura- y de la literatura, como veremos más adelante. En dicha controversia, de manera casi enteramente maniquea, encontraremos de un lado del espectro a los nacionalistas y del otro a todos aquellos que consideraban que la búsqueda por lo nacional no necesariamente estaba en los preceptos del grupo dominante. Analizaremos a algunos de los integrantes del movimiento más vinculado a las vanguardias europeas, y nos centraremos en la figura de Ermilo Abreu Gómez por ser uno de los principales exponentes, durante la controversia, del bando nacionalista.

Los llamados Contemporáneos, también referido como “el grupo sin grupo”,

empezó como una masa informe, una reunión de escritores sin idea de constituir un grupo pero cuyas aspiraciones individuales coincidían en diferentes aspectos. Muchos de ellos, ligados a la labor vasconcelista, aun cuando él mismo había dejado de lado ya sus aspiraciones por lograr su cometido, alrededor de 1924, justo cuando iniciaba el gobierno de Calles.

Algunos como Cuesta en su “Ulises criollo, de José Vasconcelos” (1936) sí supieron ver de manera clarividente que Vasconcelos tenía razón al pensar que la nación mexicana sólo podía existir no mutilada y plena viviendo en y de su heterogeneidad y cultivándola incluso; pero la mayoría vio en la política cultural de Vasconcelos incongruencia, caos y fracaso, [...] Algunos antiguos colaboradores de Vasconcelos –jóvenes como Ermilo Abreu Gómez, “Sabios” como Manuel Gómez Morín, o incluso el propio Alfonso Reyes- no entendieron que la multiplicidad efervescente y caótica, la contradicción aceptada, era para Vasconcelos la nación mexicana y se pasaron al bando de Calles que aparentaba tener las soluciones definitivas – ya no culturales, sino políticas- para apaciguar el caos (García, 1999, pp. 83-84).

Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen y Jorge González Rojo,

son los integrantes de este grupo, que resistiría los embates y acusaciones de “cosmopolitistas”, “europeizantes” e incluso “homosexuales”. Es precisamente durante varios meses del año de 1932 cuando se encona de forma terrible la disputa sobre el quehacer literario en el país, a partir de publicaciones en periódicos y revistas en la Ciudad de México respondiendo a la pregunta que lanzara Alejandro Núñez Alonso, periodista español radicado en México, *¿Está en crisis la Generación de Vanguardia?*, misma que avivaría la controversia y la polémica.

Quizá el antecedente directo de la polémica a suscitarse en 1932 sea el congreso de Escritores y Artistas convocado por Vasconcelos en mayo de 1923. En dicho espacio, Vasconcelos buscaba definir la política estatal con respecto al arte y la literatura y encumbrar al desarrollo de la cultura y la educación como motores fundamentales del proceso de cambios derivado de la Revolución.

En sus participaciones durante el congreso, Vasconcelos convoca reiteradamente a discutir el tipo de arte que “demanda la realidad nacional” y que “exige el proyecto de nación”. El cúmulo de pasiones que se revuelven en Vasconcelos, su enérgica convicción de ser, como dice Enrique Krauze, “la conciencia histórica de la Revolución”, le permiten enunciar en el congreso una serie de principios ideológicos supletorios de los que la Revolución no acababa de aportar.

Bajo las miradas de Quetzalcóatl, Buda, Platón y Bartolomé de las casas, cuyas efigies ordena pintar en los muros de su Secretaría de Educación, el sincrético Vasconcelos abraza en el congreso los sobrentendidos propios de una deontología popular que roza el dogma y estigmatiza toda disidencia (Sheridan, 1999, p. 33).

Vasconcelos se declaraba a título personal en contra de ciertas formas de arte fuera de la realidad, tales como la pintura de caballete, y el teatro psicológico (Sheridan, 1999, p. 33). Por tanto, entendemos que las políticas culturales del poder vendrían en una línea colectiva, más que en un sentido individualista. Siendo tan grande la obra iniciada por Vasconcelos, un auténtico apostolado de fe, donde la evangelización cambiaba la cruz ahora por la tiza y la pizarra, los muros y la pintura, toda pretensión del arte por el arte mismo, o de la literatura, concretamente la poesía, por exponer cuestiones interioristas de los propios escritores, caía en el terreno del egoísmo y de la esterilidad.

Incluso, plantea unas tesis delicadas que bien vale la pena citar:

- El escritor está obligado a “escribir para los muchos con el propósito constante de elevarlos.”
- La literatura tiene la “obligación” de coadyuvar a la “resurgencia nacional” y a la “unión espiritual” del pueblo mexicano.

- Los escritores no debemos “preguntarnos qué es lo que quieren las multitudes, sino qué es lo que más les conviene”.
- “Debemos liquidar el arte de salón para restablecer el arte mural y el lienzo en grande. El cuadro de salón constituye un arte burgués, un arte servil que el Estado no debe patrocinar (Sheridan, 1999, pp. 33-34).

Por supuesto, desde el poder, Vasconcelos se proponía determinar cuáles serían los contenidos y las tendencias que los artistas deberían llevar. Lo anterior, que se asemeja muchísimo a las políticas culturales estalinistas y maoístas, tendía, por supuesto, también a calificar de adecuada o no la moral de los propios artistas. Es quizá en ese ámbito que el siguiente antecedente tiene mayor cabida.

Para 1925 el gobierno de Calles y sus seguidores intelectuales, definieron al pueblo mexicano basándose en “los sectores populares, urbanos marginales, pero sobre todo rurales, a los que se identificó cada vez más fuerte con la artesanía indígena, las tradiciones regionales y las expresiones populares (García, 1999, p. 85).” Para los integrantes del grupo, las cosas no eran tan fáciles. Veían con sospecha esta pretensión gubernamental y creían, no sin razón, que se trataba de demagogia pura.

Entre finales de 1924 y principios de 1925 Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde y otros escritores se enfrascan en las

páginas del *Universal Ilustrado* en una polémica intitulada “El afeminamiento en la literatura mexicana”. Claramente, lo que se buscaba era trazar una línea entre literatura revolucionaria y la que fuera diferente, identificándola con

...una “transgresión” biológica que traslada al cuerpo una transgresión moral. No es necesario recapacitar sobre el signo específico de desdén y violencia que ornaba el término “afeminamiento” en la cotidianidad mexicana de la época, ni recordar que algunos miembros del grupo de los Contemporáneos eran homosexuales. Se denunciaba una merma de “virilidad” que desde mucho tiempo atrás formalizaba un atavismo común en el baratillo de una psicología nacional propensa a representar sexualmente los altibajos de su historia política (Sheridan, 1999, p. 35).

Lo anterior tendía directamente a la descalificación de los autores no cercanos al régimen o de tendencias distintas, a partir de sus preferencias sexuales. Por supuesto comprendemos que detrás de los ataques existían otras necesidades, que no necesariamente tenían que ver con la calidad literaria o su significación dentro de los movimientos literarios universales. A la vez de intereses de grupo, lo que se buscaba era apuntalar el discurso oficial tendiente, como hemos comentado, a la colectivización del arte. En este tenor, el arte al servicio de la sociedad, por supuesto, no puede de-

pende de preocupaciones individuales o de preferencias sentimentales; por el contrario, habrían de manifestar lo más íntimo del quehacer patrio y tender a representar las pulsaciones sociales que iban constituyendo el país del momento.

Sheridan cita a Caso a cuento de la polémica: “¡Idealistas que os empeñáis en la salvación de la República, volved los ojos al suelo de México, a los hombres de México, a nuestras costumbres y a nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y a nuestros anhelos, a lo que somos en verdad!” (1999, p. 36). Lo anterior deriva de un ataque directo a la literatura de corte vanguardista que varios de los integrantes del grupo habían estado escribiendo y publicando en el momento, y que, por supuesto, eran tildadas de extranjerizantes y cosmopolitas.

Por esos mismos años, saldría a la luz *Los de Abajo* (1915/1991), novela de Mariano Azuela que vendría a dar sentido –al menos en lo discursivo– al sentir de los intelectuales callistas, y habría de catapultar la llamada “Novela de la Revolución Mexicana”. Recordemos también las enconadas polémicas en torno a la necesidad de una literatura patria, vinculada a lo autóctono, la tradición y los temas nacionales, “viril”, en contraposición con las tendencias “extranjerizantes” de varios de los intelectuales de los veinte y los treinta del siglo pasado (Sheridan, 1999; Capistrán, 1994; Isla, 2003). Por supuesto, por el bando nacionalista se utilizaría como bandera de dichos preceptos a

la Novela de la Revolución Mexicana. Los textos que se han vinculado a este movimiento se relacionan con los temas agrarios, rurales, y en el entorno de la Revolución. Para Mansour (1999), “esta novela incluye una clara reivindicación de los mestizos y también de los ‘indios’ mexicanos (p. 39)”. Existe esa reivindicación a los mestizos; sin embargo, habría que dudar realmente de la del indio, pues el personaje se diluye entre la lucha y el campesino, al grado de que muestra una difícil identificación. En todo caso, Martínez (2001) comenta que “la mayoría de estas obras, a las que supondríase revolucionarias por su espíritu, además de por su tema, son todo lo contrario. No es extraño encontrar en ellas el desencanto, la requisitoria y, tácitamente, el desapego ideológico frente a la Revolución (2001, p. 53).” *Los de Abajo* dista mucho de ser una apología de la Revolución, y describe de manera muy interesante, incluso vanguardista por la estructura, algunas de las realidades de la lucha armada, de esa guerra civil que nada o poco tenían que ver con la idílica construcción que se venía gestando del movimiento.

Todo lo que escribieron los Contemporáneos entonces, especialmente en el marco ideológico de *Ulises* y muy claramente la narrativa, debe entenderse como una alternativa ofrecida públicamente a través de la revista a lo que se oficializaba cada vez más como mexicano y como revolucionario en el ámbito de la cultura (García, 1999, p. 86).

En esa revista, iniciada en 1927, se publican las experiencias narrativas de esos poetas con la intención de contraponerse directamente a la política cultural del régimen, y proponiendo otra que, como hemos comentado, se veía fuertemente influida por las vanguardias europeas e hispanoamericanas.

De cualquier manera, los Contemporáneos siguieron en la lucha por acrecentar la literatura mexicana con más y nuevos conceptos e ideas. Y tal como Paz apunta en *Los Hijos del Limo*, “...la poesía moderna de Occidente es una. Apenas si vale la pena aclarar que el término Occidente abarca también las tradiciones poéticas angloamericanas y latinoamericanas...” (Paz, 1998, p. 10), ellos consideraban que la nación mexicana también debía partir de esos presupuestos. Es pues que el encuentro entre las dos maneras de pensar y de plasmar en el arte hicieron que las diferentes producciones de uno y otro grupo logran, al menos en los textos publicados, que existiera una especie de equilibrio o, en términos más correctos, un balance obligado por las circunstancias; una suerte de fuerzas contrapuestas que darían fruto mucho más adelante.

Sin embargo, en el ámbito político, el proyecto callista terminaría apropiándose de la tutela del quehacer nacional, oficializando para ello el proyecto del “nacionalismo revolucionario” una vez creado el Partido Nacional Revolucionario. Es quizá una de las características

principales de todo nacionalismo el odio a lo extranjero y a la otredad, y alcanza su máxima expresión en la xenofobia o en el racismo más absurdo. Tan sólo unos años más adelante, la Europa fascista habría de exponer las consecuencias más negativas de un nacionalismo llevado al extremo.

La Colonia quedaría sepultada en un hálito de oscurantismo en las versiones oficiales, salvo por honrosas excepciones como Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón y, en menor medida, Sigüenza y Góngora. La guerra ideológica se volvió más enconada para principios de la década de los treinta que es cuando la revista *Contemporáneos* sale a la luz y donde ya se habla de un grupo más maduro, pero a la vez, muy cercano a la separación total, lo que redundaría en obras y trabajos individuales. La línea seguiría con la revista *Examen* que tendría muy poca vida y daría los últimos ejemplos del grupo sin grupo. Finalmente, la política cultural del régimen habría de ganar la partida, al menos en lo concerniente a lo masivo, a la preparación escolar de todos los mexicanos.

La polémica de 1932, como comentábamos líneas arriba, giraba en torno a la pregunta *¿Está en crisis la generación de vanguardia?*, publicada en el *Universal Ilustrado* en marzo. En ella, básicamente se partía de la premisa que la llamada literatura de vanguardia, representada por los Contemporáneos estaba en crisis o en franca decadencia, pues los

autores antes mencionados mostraban un mutismo en cuanto a publicaciones se refiere. El autor de la encuesta, Alejandro Núñez Alonso entrevistó en este número a varios autores para tratar de dirimir la cuestión. Como respuesta, varios de los llamados Contemporáneos o cercanos a ellos, contestaron; algunos – Samuel Ramos, Guillermo Jiménez y José Gorostiza- apoyando la idea de crisis, y otros, por el contrario – Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, y Bernardo Ortiz de Montellano-, no viendo siquiera una crisis en la literatura de vanguardia o mexicana incluso (Sheridan, 1999, pp. 111-120).

Destaca dentro de esa primera publicación de la polémica, la participación, aguerrida de Ermilo Abreu Gómez, que se lamentaba de que

...la tragedia nuestra estriba en que existen literatos – buenos o malos, lo mismo da- pero no existe la literatura. Es decir, no hemos creado la vida, la biología de la literatura. De aquí que cada generación odie o no comprenda a la anterior. Cuando menos se hace sorda a todo valor de la tradición. Y es que la tradición se confunde con la rutina, con lo pasado, cuando debiera ser la incorporación del pasado. (...) ¿El pecado de la vanguardia? El más grave, haber roto el proceso de nuestra literatura. (...) Y ningún Ulises, en este viaje en barca sin mástil a qué atarse, puede resistir serenamente al sortilegio de la sirena, que es la trampa. No.

Hay que volver atrás, hay que volver a embarcarse en lancha de remos y emprender el viaje que no se hizo, (...) y pescar en aguas territoriales (Sheridan, 1999, pp. 119-120).

Hay claras referencias al grupo de los Contemporáneos por aquello de Ulises y del viaje en busca de identidad, que finalmente era aquello que quería significar el título de la revista en su momento. Sin embargo, el ataque es interesante por estar imbuido de un fervor nacionalista, donde las palabras “tradición”, “pasado” y “territorial”, habrán de ser la constante. Por otro lado, la revista *Crisol* del Bloque de Obreros Intelectuales (BOI), fundado en 1923 por David Alfaro Siqueiros para defender los preceptos de la Revolución se enfrentó directamente a los Contemporáneos. A decir de Florescano (2005), el BOI estaría más interesado en “defender las banderías y empleos de sus asociados” (p. 400), que en realidad construir una cultura nacional.

Ermilo Abreu Gómez, como hemos mencionado, se encontraba cercano a la obra vasconcelista, y era ya un miembro activo de las letras para mediados de la década de los veinte. Creemos interesante tomarlo como ejemplo pues fue un empedernido defensor de la causa nacionalista aun cuando se benefició de los Contemporáneos al publicar varios trabajos en sus revistas. Nacido a finales del XIX (1894) vive hasta principios de la década de los veinte en su natal Yucatán, lugar de donde absorbe la cultura

y tradiciones de manera sorprendente. Como se ha visto, la zona tiene arraigadas costumbres y acendrados odios entre los indígenas y los blancos o mestizos. Sin duda, para lo que habría de escribir más adelante Abreu Gómez, ese discurso sería fundamental. Repartió su obra por diferentes derroteros, llegando a destacarse en varios de ellos, especialmente en la narrativa y en sus estudios sobre la obra de Sor Juana, y por supuesto, en la academia, labor que le ocupó gran parte de su vida. Lo que toca entender en este instante, es su papel en esa polémica entre los nacionalistas y los Contemporáneos. Eduardo José Tello Solís, en un artículo publicado en el periódico la Jornada, el 17 de diciembre de 2000, le califica de la siguiente manera:

Gran parte del quehacer literario del autor de *Canek* se sitúa en un México dominado por los Contemporáneos, el “grupo sin grupo” que señoreó las letras mexicanas desde los treinta hasta los sesenta del siglo XX. Según Emmanuel Carballo, “los aproximaba más el modo de vivir la vida que la posición ideológica desde la cual la enjuiciaban, más el rigor profesional que el cuerpo de ideas estéticas que practicaban”. Ermilo Abreu Gómez vivió con intensidad este fenómeno literario. Frecuentaba las tertulias, como la que se reunía en la librería Biblos de Francisco Gamoneda. Sin embargo, prefería apartarse de ellos. Emmanuel Carballo recoge unos comentarios de don Ermilo sobre este

grupo de fisonomía propia: “Han pretendido, sin capacidad de cultura suficiente (no digo de información), *sin hombría cabal*, sin relación eficaz con la tierra en la que se vive, regir la eficacia de las letras que maduran fuera del predio alquilado para su debate (Tello, 2000).

Llaman poderosamente la atención las palabras “sin hombría cabal”, pues será una de sus declaraciones importantes dentro de la polémica más adelante.

De acuerdo a Augusto Isla, en su libro *Jorge Cuesta: el león y el andrógino* (2003) a Abreu “ya no le importa tanto la buena literatura cuanto la exaltación de la ‘virilidad’, ya no tanto la tradición cultural como la aniquilación de la libertad de los ‘lindos’ (p. 164).” Quizá se pueda colegir lo anterior de un artículo que publica Abreu Gómez en favor del grupo Barandal -del que por cierto el líder es Octavio Paz- en el *Universal Ilustrado* el 5 de mayo de 1932 donde desvirtúa a la vanguardia y le confiere a Barandal un lugar a partir de su virilidad.

El experimento de la vanguardia -descastado y estéril a pesar de su inquietud y su información- no puede servir para organizar la cultura, el sentido trascendente de la labor que se proponen estos muchachos (Barandal). La hombría de éstos que también puede traducirse por humanidad, les libra de sospecha (Sheridan, 1999, p. 204).

Por supuesto no tardaría mucho en desvincularse del grupo, pese a que se dedicaría a publicar una buena cantidad de artículos en la revista *Los Contemporáneos*, siendo quizá uno de los colaboradores más asiduos. Como bien comenta José Luis Martínez en un artículo publicado en *Letras Libres* “Abreu Gómez, antes de volverse contra el elitismo de los Contemporáneos, fue un colaborador constante de la revista, con 26 trabajos dedicados en su mayor parte a temas coloniales, Sor Juana, Alarcón y Sigüenza y Góngora (Martínez, 2000).” En efecto, como lo atestigua Alfonso Reyes en carta enviada a Héctor Pérez Martínez, uno de los polemistas que lo azuzara a participar de la polémica, le comenta

Veamos, yo no acabo de entender. ¿Se trata de un verdadero encuentro de tendencias espirituales, o de incompatibilidad entre dos modas, o de un simple choque de antipatías personales? Porque yo empecé por creer lo primero, y luego pasé a lo segundo, y al fin me voy inclinando a lo tercero. Usted me habla en plural, y como en nombre de grupo. ¿Quiénes son ustedes? ¿Y quiénes son los del otro bando? ¿Los de los Contemporáneos? Porque entre éstos yo encuentro muchos que hacen esfuerzos de mexicanismo: Abreu Gómez aun entiendo que pelea al lado de usted y fue asiduo de los “contemp” (Sic) (Capistrán, 1994, p. 39).

Es de suponer, que no obstante su desagrado por algunos personajes del grupo

y su franca crítica hacia cierto cosmopolitismo y dudosa “hombría” de los integrantes, buscara publicar en ese que representaba uno de los medios culturales más importantes del momento, y que llevaba intercambio fundamental con muchas otras revistas literarias en Latinoamérica y Europa. Aparecer en esas páginas, sin duda significaba tener un sitio en los diferentes movimientos que se gestaban a lo largo de todo el mundo. Y es que, más allá de la polémica, el problema giraba en torno a si existía o no una tradición cultural en nuestro país.

El siglo XX, y concretamente ese momento posterior a la Revolución, habrían de determinar la permanencia de México en las letras universales o su perdición. Es quizá ahí, que la labor de autores como Abreu, tendría un sentido primordial, sobre todo, en el rescate de esa tradición, con miras hacia el futuro de la cultura mexicana. Eso es lo que hace que, al menos en los objetivos y en la forma de sentir y plasmar a la literatura, se encuentre su obra muy cercana a la de los Contemporáneos. Pero a la vez, habría de cargar sus textos con una fuerte cantidad de misticismo y tradición, que lo encaminaría también con los nacionalistas. Este movimiento, como hemos visto ya, en muchas ocasiones terminó siendo folclorista exclusivamente, y dirigió la mirada hacia el mundo indígena, pero no lo comprendió del todo, o al menos, no fue su portavoz directo. En el discurso político quedaría gran parte de esa labor.

La crisis de modernidad que generó la novela vanguardista o moderna, adquirió en Hispanoamérica el problema añadido de la búsqueda de identidad de los países a través de su literatura, dando pie, en opinión de Rama, a dos vanguardias diferentes que coexistieron en la mayor parte del continente. Eso que Rama llama regionalismo y que, desde luego, tuvo sus peculiaridades en cada uno de los países en que se produjo, venía a ser una “afirmación”, contra los principios nacionalistas y universalistas, de los sabores peculiares que se habían elaborado en restringidas zonas de cada país, la investigación – a través de la literatura- de los tipos humanos que las soledades americanas habían forjado como originales personalidades (García, 1999, pp. 233-234).

Es pues una búsqueda constante, que para Abreu no sería cualquiera, sino que a la vez de definir lo mexicano y enaltecer el sentido de la literatura como una definición de cultura toda, habría también de esforzarse por dar a conocer la historia, tradiciones y cultura regionales, concretamente de su natal Yucatán y de las zonas aledañas. Este esfuerzo habrá de ser desarrollado por otros autores en un género conocido como novela indigenista del cual doy cuenta en otra publicación (León, 2009). Baste mencionar en este espacio que, pese a sus buenas intenciones, y a la de otros autores como Mauricio Magdaleno con su novela *El Resplandor* (1937/1971), por

ejemplo, habrán de delinear una figura estereotipada de lo indígena, desdibujada y con tintes de ese mismo misticismo que Vaconcelos buscaba.

Es pues su participación en la polémica lo que marca el camino por el que irá su trabajo posterior. En ese rescate de lo nacional, basándose en los preceptos de la búsqueda de lo propio, Abreu entrará de forma directa a la crítica a lo extranjero, a lo cosmopolita (Florescano, 2005, p. 401) con una vehemencia que, de no ser declaradamente nacionalista, podría caer en la crítica al grupo que se encontraba beneficiado por los cargos públicos; una búsqueda por desacreditarlos y lograr al fin sacarlos del espacio público para montarse en el mismo él y otros de sus contemporáneos (Sheridan, 1999, p. 106).

Las críticas de Sheridan (1999) y de Isla (2003) son bastante serias y contundentes: Abreu habría caído en la defensa de la literatura como integrante de una política de Estado, más que como una expresión del propio artista. Dentro de la polémica, Jorge Cuesta, uno de los más brillantes y aguerridos representantes de los Contemporáneos, se encargó de hacer pedazos los conceptos de tradición y universalidad trazados por Abreu. Para él, la tradición no es algo que se encuentra en el pasado, sino que se proyecta en el presente y se vive directamente, lo mismo que lo universal no depende de latitudes, sino de cuestiones morales (Isla, 2003, pp. 157-161).

Para Abreu, la literatura nacional ha de representar el habla coloquial de los habitantes del lugar, y habrá de hacerlo en un lenguaje “llano”, sencillo. No resulta extraño, pues, que su versión del Popol Vuj sea, como él mismo lo describe, “vivo y no un Popol Vuh (sic) hermético propio para la inteligencia de los eruditos” (Abreu, 2003, p. 15). Para él, la versión de Recinos, una traducción más acertada con el original y que intenta respetar los ritmos y repeticiones narrativas características de estos textos, puede hacer la lectura “árida, tediosa y poco menos que tolerable” (p. 15). En mi muy particular punto de vista, esta “traducción” a favor de lectores modernos, ha propiciado que se diluya el entendimiento final de la inmensa complejidad que se encuentra presente en textos coloniales mayas. Algo muy similar encontramos en la traducción del francés al castellano que realiza Luis Cardoza y Aragón al Rabinal Achí, texto presuntamente dramático también de los maya k’iche’. En una nota justo al iniciar el primer acto al referirse a una repetición como idiotismo y que bien podría ser sustituida por otras más en la traducción (Cardoza, 1929/ 2007, p. 31), aseveración y libertad, ambas que hoy nos parecen verdaderas aberraciones. Siendo ambos hombres de su tiempo, es evidente que muy en su interior, vieran en este tipo de expresiones, barbarismos que estorbaban directamente al progreso de sus respectivas naciones. Como bien afirma Natividad Gutiérrez Chong, se prefirió al indio muerto sobre el vivo (2001). Claro está que, además de

este doble discurso, podemos ver una franca animadversión, como lo hemos comentado, hacia lo extranjero, también pretendido obstáculo para el desarrollo de la nación.

En todo caso, es en esta polémica donde se vislumbran de manera más clara las diferentes posturas con respecto a lo nacional, y a su sentido último; a la vez, se plantea la discusión sobre el carácter del quehacer literario, si tendría que estar al servicio de la nación o de la propia voluntad del escritor. Es evidente que los autores – incluso los de vanguardia– tendrían una historia personal plagada de encuentros y desencuentros en su lugar natal. Ello quizá los marcará para, ya sea por comisión o por omisión, queden representados lugares y espacios. Aunque en trabajos posteriores habrá autores como el mismo Juan José Arreola que pretendan deliberadamente “desterritorializar” su obra, hay cuestiones evidentes dentro de su literatura que hacen que los textos sean lo mismo nacionales que universales.

El final de la controversia habría de ser un tanto escandaloso pues, en octubre de ese año, Jorge Cuesta es encarcelado por haber publicado en la recién estrenada revista *Examen*, Capítulos de la novela *Cariátide* de Rubén Salazar Mallén, que, al decir de la autoridad contenía lenguaje no apto para su publicación. Los colaboradores de la revista tuvieron que dejar sus cargos en la Secretaría de Educación Pública (Salazar, Gorosti-

za, Pellicer y Villaurrutia) que ocupaba Narciso Bassols, para no vincularlo en el problema (Sheridan, 1999, pp. 105-106). Es evidente que lo que se buscaba era golpear directamente al Secretario, pero de paso, tirar de los cargos públicos a los Contemporáneos.

Resulta irónico que, precisamente eso que se aducía, la utilización de un lenguaje en la novela que contaba con la “cruceza de carretonero” (Sheridan, 1999, p. 106), fuera en parte por lo que luchaba Abreu: el respeto por el lenguaje llano, manado de la propia sociedad, comprometido con la misma.

Consideraciones finales

Todavía hoy los fervores nacionalistas están a flor de piel; todavía hoy encontramos fácil denostar la alteridad, sea indígena, extranjera, homosexual, femenina; todavía, además, en función de un nacionalismo que surge en momentos señalados, específicos. La modernidad y su expresión mediática funcionan perfectamente a través de los estereotipos y el nacionalismo de estado encuentra en lo repetible y fácil de asimilar su ámbito perfecto. El maniqueísmo, la homofobia y la xenofobia presentes en la controversia, han probado ser excelentes transmisores del fervor nacional, sobre todo cuando se acusa a intelectuales de “lindos”, de “malinchistas” e incluso de ser “elevados”. Los académicos de verdad, su trabajo investigativo y sus consecuencias en la elaboración de teorías y conceptos

“aburridos” por complejos, han sido, para muchos líderes corporativistas, un contrapeso pues se escapan de lo popular que, dicen, es lo nuestro. No obstante, con todo y el discurso, la realidad para generaciones enteras, desde la Revolución hasta nuestros días, ha sido de pobreza, crisis, represión y engaño. Por supuesto, esa realidad ha estado matizada constantemente con fervor patrio en una justificación artificial y artificiosa. Existen tres realidades que quedan patentes en esos convulsos momentos de intelectualidad y de formación de país: el ser homosexual, indio y extranjero. Todos ellos se contraponen a la idea de nación, al nacionalismo y al proyecto del Estado nación. El primero, porque los homosexuales no pueden tener hijos de manera natural como la pareja tradicional y, por tanto, no habrán de colaborar al crecimiento de la nación. Y en esos

momentos, después de años de guerra civil había que poblar al país.

El segundo, pues por la simple y sencilla razón de que el ser indio es sinónimo de atraso y lastre al progreso, por su idioma –se oficializó el castellano– que impide la universalidad de todo, empezando por la educación, y porque sus usos y costumbres, en gran medida ligados a la religiosidad, eran un sinónimo de irracionalidad. Había que desterrar ese obstáculo para el progreso, de acuerdo a un pensamiento decimonónico que, bien entrado el siglo veinte siguió en la mente de los intelectuales. El tercero, pues todo lo extranjero y aquél vinculado con ello, habrá de buscar el deterioro de la nación, como sucedió con la inversión extranjera (en petróleo, minas, agricultura) contra la que lucharon los líderes revolucionarios, y que a final de cuentas,

se volvió a instalar en nuestro país. Los tres elementos quedaron perfectamente expuestos en la controversia y marcaron a varias generaciones posteriores.

Por otro lado, vale la pena comentar que el escenario en que se dirimió la controversia fue en la prensa nacional, en los suplementos culturales de los periódicos y revistas culturales, lo que nos hace ver el papel activo que tuvo en la época la prensa en la definición de la nación; además, es interesante ver el rol que detentaron los intelectuales en dicha formación, que como hemos visto, no fue uniforme ni en un solo sentido, sino que fue diversa y con intereses siempre cambiantes. A esta influencia mediática impresa, se sumaron por esos años la radio y el cine, lo mismo que el arte – en especial el muralismo – en la plaza pública en un crisol de bombardeo de contenidos de lo nacional.

Referencias

- Abreu Gómez, E. (2003). *Popol Vuh, Antiguas leyendas del Quiché*. México: CFE.
- Azuela, M. (1915/1991). *Los de Abajo, La Luciérnaga y otros textos*, Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Bartra, R. (2003). *Oficio Mexicano*. México: CONACULTA.
- Blanco, J. (2002). *Nostalgia de Contemporáneos*. México: CONACULTA.
- Brading, D. (2004). *Mito y Profecía en la Historia de México*. México: CFE.
- Capistrán, M. (1994). *Los Contemporáneos por sí mismos*. México, CONACULTA, Lecturas Mexicanas 93.
- Cardoza y Aragón, L. (1929/2007). *Rabinal Achí*. México, Porrúa.
- Florescano, E. (2005). *Imágenes de la Patria a través de los Siglos*. México: Taurus.
- García Gutiérrez, R. (1999): *Contemporáneos, la otra novela de la Revolución Mexicana*. España: Universidad de Huelva.
- Gellner, E. (1983/1991). *Naciones y Nacionalismo*. México: CONACULTA.
- Gutiérrez Chong, N. (2001). *Mitos Nacionalistas e Identidades Étnicas; los Intelectuales Indígenas ante el Estado Mexicano*. México: CONACULTA.
- Isla, A. (2003). *Jorge Cuesta: el León y el Andrógino*. México: UNAM.
- Krauze, E. (1985). *Caudillos Culturales de la Revolución Mexicana*. México: SEP Siglo XXI.
- León O'Farrill, I. (2010 a) "Nacionalismo de Estado e indigenismo en México: una discusión viva". *Boletín AFEHC* N°46, publicado el 04 septiembre, disponible en: http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=2499
- León O'Farrill, I. (2010 b) "Nacionalismo Mexicano, algunas aproximaciones". *Athenea Digital*, 19, 213- 225. Disponible en <http://sicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/737>.
- León O'Farrill, I. (2009) "La novela indigenista en México y la visión de lo indígena en el imaginario colectivo posterior a la Revolución Mexicana. Canek, Balún Canán y El Resplandor, un análisis comparativo". *Cintéotl*. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, número 7, enero- abril. Disponible en http://www.uaeh.edu.mx/campus/icshu/revista/revista_num7_09/articulos/novela_indigenista.htm
- López Austin, A. (2011). *Seminario Organización Sociopolítica de Mesoamérica: La construcción de una visión del mundo II*. UNAM, IIA.
- Magdaleno, Mauricio. *El Resplandor*, en Castro Leal, Antonio (1937/1971): *La Novela de la Revolución Mexicana, vol. II*. México: Aguilar.
- Mansour, M. (1999). Identidad Regional e Identidad Nacional en la Literatura Mexicana, en *México: Literaturas Regionales y Nación*, (coord. Martínez Morales, José Luis). México: Universidad Veracruzana.
- Martínez, José Luis en Letras Libres, marzo de 2000, <http://www.letraslibres.com/index.php?art=6242>

Martínez, J. (2001). *Literatura Mexicana Siglo XX 1910-1949*. México, CONACULTA.

Paz, O. (1998). *Los Hijos del Limo*. México – España: Seix Barral. Décima edición.

Sheridan, G. (1999). *México en 1932: La Polémica Nacionalista*. México: FCE

Tello Solís, E. (2000). Homenaje a Ermilo Abreu Gómez. *La Jornada*. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2000/dic00/001217/sem-tello.html>

Vizcaíno, F. (2004). *El Nacionalismo Mexicano, en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*. México: UNAM.